

EL SILENCIO DE JOB: LA VOZ DE JEHOVÁ

* ¿Cuándo la palabra de Dios prorrumpe como una voz?

La Biblia dice “*entonces*”: en el momento justo, porque Dios conoce el límite de nuestra capacidad para soportar la prueba, para resistir la tentación. El hombre puede derrumbarse, caer, hundirse emocional o psicológicamente, pero Dios no permitirá que su fe sea destruida.

Job ha sido perseguido hasta verse reducido al silencio: su voz ha llegado a ser exclusivamente su *quebranto*, su sufrimiento, su desmoronamiento humano. Ha sido aplastado por las circunstancias de su vida, por la desconsolación encarnada en sus “torpes” amigos y, por último, pulverizado por las vehementes y altivas palabras del joven Elihú. Por tanto, su estar ahí sin más es todo lo que puede ofrecer *como respuesta*.

¿Cuál es “entonces” su visión, su pensamiento? Antes, atrás, en el v. 13:9 había dicho “si ahora yo callara, moriría”; luego, su silencio actual ¿es equivalente a su morir?

En el sufrimiento hay algo de esquivo, que **se nos resiste** hasta llegar a lo ofensivo: intuitivamente lo asimilamos a una **caída**, insuperable si nos falta la fortaleza, el ejercicio o la experiencia moral/anímica que sólo el mismo sufrimiento nos puede aportar. Por ello, tendemos a defendernos de él, bien apartándonos, bien tapándolo o acallándolo, pues en el fondo se trata de una experiencia personal, propia, **intransferible** en cierto modo; es de lo poco en la vida del hombre que **no** soporta bien la comparativa: en los demás siempre es relativo, mientras que en nosotros mismos es sustantivo. Pero, por ello, también es el lugar donde se da la circunstancia que favorece o establece, mejor que ninguna otra, las condiciones para la **búsqueda** de una **relación personal**, afectiva, con Dios, haciéndonos atentos para entender, con el oído abierto (por si acaso Dios nos dice algo consolador, alentador).

“Habla, porque yo te quiero justificar”,
si no “calla y te enseñaré sabiduría” (33: 32,33)

* ¿Desde dónde habla, de dónde proviene la vocación de Dios? “Desde el torbellino”.

La voz de Dios no es un arrebató ni un estallido (32: 18,19), un estar hinchado de palabras. Es más bien un silbo apacible, una suave brisa reparadora; pero que habla desde la tormenta, desde el punto centrífugo de las tensiones de nuestra vida, cuando el mundo está para estrellarse violentamente contra las defensas más vulnerables de nuestro ser. ¿Es esto objeto de estudio, de demostración de lo que uno sabe, o de manifestar lo que uno ha llegado a ser, desoyendo todo lo demás?

La vida de Job, serena y apacible, ha sido violentamente trastocada, removida. Familia, bienes, reputación, bienestar, reconocimiento... todo ha sido alcanzado, excepto su vida. Sí, está enfermo y doliente, **acallado al punto de morir** incluso espiritualmente, sólo su fe en Dios permanece inquebrantada, íntegra, aun cuando se queje o lamente. O lo que es lo mismo: es perfectamente consciente de su situación de indefensión plena, del contraste que le separa de sus interlocutores (16: 4-5, “también yo podría hablar como vosotros si vuestra alma estuviera en lugar de la mía” / 15: 8-9 “¿qué sabes tú que nosotros no sepamos... oíste tú el secreto de Dios...?”). Job está en el otro lugar, en el otro lado de la realidad, irreversible, intransferible, incomprensible, impenetrable a los otros. Posee ahora un conocimiento (de Dios) que se les

resiste a los demás. ¿Acaso les estará robando o usurpando tal conocimiento de Dios a los otros, a causa de su silencio, su disensión o no confesión?

En el sufrimiento hay una patente e imperiosa *necesidad expresiva*, comprometedora por cierto, porque expone al hombre a exhibir su vulnerabilidad o debilidad al no poder reprimir la voz intrínseca de su dolor. En ese plano ¿es posible “entonces” levantar una voz *constructiva* que dé razón y explique el sufrimiento *como* un sentido? ¿Es posible transmitirlo, más allá de los afectos emocionales que provoca? ¿Teóricamente, a la manera de un saber o de una ciencia? ¿Didácticamente, acaso, *como* una enseñanza, a través de la literatura o la poesía? ¿Quizá *como* un testimonio entresacado de voces y silencios en los diálogos?

El nombre “Job”, según parece, cabe emparentarlo con un verbo hebreo que significa “perseguir/ser hostil”, de donde vendría a significar “aquél que es objeto de persecución”, o más sencillo, “el perseguido”.¹

Job se ha transformado en una **presa** asequible. Los otros perciben la vulnerabilidad de Job como una **insolencia** y así le imputan impiedad como una tapadera, como una falsa acusación, como ocasión para disponer de él como un hombre sagrado (*homo sacer*, hombre maldito, igual que los héroes antiguos de los mitos) y están a punto de convertirlo en víctima propiciatoria, sacrificial, expiatoria. Con su inquisición, los otros asumen un rol sacerdotal y muestran su oficio de lo sagrado pretendiendo hacerle reconocer una culpabilidad “original” que en este trance no le corresponde. No importa la verdad de Job; importa la puesta en marcha de un mecanismo *religioso* ancestral, opaco como el paso de las generaciones.

Como quiera que la autodefensa de Job es enconada, aunque discontinua, finalmente les hace callar (32:1) y así da lugar, de manera literaria y póstuma, a poder desenmascarar tal procedimiento humano *religioso* (como “cosa oculta desde la fundación del mundo”) anticipando tipológicamente el efecto definitivo de la pasión del Cristo: el verdadero parangón del discurso bíblico, de la revelación bíblica, no es la Ciencia sino el Mito, al que desmiente y exhibe públicamente.

Sin embargo, la dramática tensión del silencio final de Job casi da la razón a la persecución de que es objeto (para la referencia a la persecución ver el cap. 30, entreleyéndose un lenguaje de linchamiento) por parte del diablo, cuya tentación es la de hacerle ceder ante la acusación de pecado y culpa, olvidándose y blasfemando el nombre de Dios.

* ¿A qué viene la vocación de Dios como respuesta? “Jehová respondió a Job”

Dios siempre responde a las cuestiones que asedian profundamente el alma humana (*el que busca, hallará*), aun cuando su respuesta pueda ser *desconcertante*, exigente de un análisis y reflexión por nuestra parte (v. 2:3 Jehová *responde* al acusador “... tú me incitaste para que lo arruinara *sin causa*”). Se hace pues patente la necesidad de una clave hermenéutica. En primer lugar, Jehová responde a Job, es decir, *en lugar de, para* Job: le vindica cuando han caído todas sus defensas humanas. En segundo lugar, la misma respuesta supone una reprensión contra los interlocutores (en especial Elihú) y, en suma, Satanás –el acusador- que los ha poseído todo el tiempo.

Leyendo el cap. 29 se ve que Job tenía decididamente *carisma* entre su pueblo: los jóvenes le tenían por líder y ejemplo de vida, suscitaba admiración, impartía justicia y caridad... Para Elihú, seguramente, no fue de otro modo, debió tener también en Job su modelo. Sin embargo, de querer *ingenuamente* defenderle (pues si no, él caería junto con su modelo) **pasa** a *malévolamente suplantarlo* (su elocuencia ahora es como la de Job antes). He aquí el punto ciego, el punto crítico de la imitación, del *deseo* de Elihú (32:10 “declararé yo también **mi**

¹ Biblia catalana, traducció interconfessional, p, 1065 nota b. 1993 BCN.

sabiduría”; 33:6 “heme aquí a mí *en lugar de* Dios; 33:32 “habla porque yo te quiero justificar”...). En la relación dialéctica maestro-discípulo el camino es primero agradable, ascendente: hay una identidad-identificación entre deseo y voluntad; mas después, en segundo lugar, el camino es detestable, descendente, insoportable: el quebrantamiento del maestro ha introducido una fractura que acaba por diferenciar y escindir deseo y voluntad; porque, no en vano, es preciso forjar, desentrañar, mostrar una convicción firme que en Job *ya* es verdad mientras que en Elihú *aun* es un discurso (cuestión de poder/cuestión de palabras).

La idea de suplantación/impostura, el tender a ocupar los unos los puestos de los otros (intercambiarse el ser) sobrevuela todos los diálogos desde el principio: entre Jehová y Satanás (Jehová le dice “no has considerado a mi siervo Job...” centrando la atención de Satanás en un modelo; con la consiguiente acusación y rapiña de éste contra Job por *envidia*); entre los consoladores molestos y el desconsolado; entre Elihú y Job/Jehová.

La lectura, por consiguiente, del libro desde el punto de vista literario (dialógico) exige la participación del lector, *como si de un juego de rol se tratase*, en el drama para interpretar alternativamente –en su vivir- cada uno de esos personajes/funciones dramáticas. Empero, a partir de la intervención **como respuesta** de Jehová, todos irán volviendo a su sitio, a su ser.

Las palabras de 38: 2-4 en adelante, dirigidas quizá a todos, sólo resuenan en el interior de Job haciéndole salir del silencio, sacándole Dios mismo de allí. Dios ha recuperado el ser de Job, le ha vindicado, le ha hecho hablar más allá del ámbito de la culpa, hasta la oración. De dónde, el diálogo con Dios viene a ser la verdadera bendición de Dios (“no de oídas, sino cara a cara”). Quizá Job ya no vuelva nunca a ser el mismo, quizá tampoco convenía que lo fuera por más tiempo; ahora encara una nueva vida en la que ha despertado una sensibilidad especial para lo humano y lo divino, siendo –si cabe- más maduro, más conocedor de Dios y correlativamente de sí mismo-: los otros aun han de ofrecer sacrificios, aun están en la *violencia de lo sagrado*; pero Job ofrece, a cambio, oración intercesora, está vivo; aunque ha tocado fondo ha sido salvado por Dios.

.....
BIBLIOGRAFÍA

GIRARD R., *La ruta antigua de los hombres perversos* (1989) Anagrama.

STUART PARK, S., *Desde el torbellino*. (1991) Andamio. (Algunos fragmentos del texto son citas casi literales de esta obra. Siento haber perdido la referencia a las páginas concretas).